

ARQUITECTURA RELIGIOSA CONTEMPORÁNEA EN MÉXICO. NUEVAS EXPRESIONES

LOUISE NOELLE

Toda manifestación artística forma parte de las realizaciones que en un momento dado nos hablan de la cultura de un grupo, como respuesta a su medio histórico, geográfico y económico. La arquitectura y la vertiente religiosa no es una excepción, se inserta también dentro de esta adecuación al entorno y al momento. Así, el arte sacro se ligará tanto con las tendencias locales como con la liturgia de cuya amalgama surgirá la expresión que deberá responder tanto a las condiciones espirituales como a un programa material específico.

Por lo tanto es lógico que la arquitectura religiosa contemporánea se nos ofrezca como integrante de las tendencias modernas, lo que le otorga un aspecto novedoso; asimismo sus espacios responden al pensamiento teológico actual y a los requerimientos de los ritos y celebraciones. Es preciso aclarar en este momento que el presente trabajo se ocupará únicamente de las obras de arquitectura religiosa católica en México, por ser éste un país eminentemente católico, donde por consiguiente este tipo de edificios ha sobresalido; el enfoque se hará bajo un criterio arquitectónico básico, puesto que un análisis desde un punto de vista estrictamente del culto, queda circunscrito a quienes por derecho pueden hacerlo, los sacerdotes.

Sin embargo, para hablar de las construcciones eclesiásticas es indispensable comprender que su interior está organizado para servir a la liturgia y a sus requerimientos; de tal manera que ha quedado establecido que las funciones que deberá desarrollar este recinto, serán por orden de importancia, la misa, los sacramentos y la oración privada.¹ Así los muros, los techos y la planta misma del edificio, estarán determinados por las necesidades de la congregación en que se insertan, guardando como constante la situación del altar como el punto focal, material y espiritualmente, del espacio creado. De esta manera el arquitecto que proyecta un recinto eclesiástico, tiene que seguir inevitablemente las determinantes de crear un sitio apto para la oración y las prácticas religiosas, sin dejar por ello de ser auténtico o personal; deberá realizar un arte religioso aceptando las técnicas y los materiales actuales, así como

¹ Véase el libro de Anton Henze y Theodor Filthaut, *Contemporary Church Art*, Shedd L. Ward, New York, 1956, p. 51

las variadas condiciones del entorno, valorando la función de los elementos del templo.

Esta línea de pensamiento había surgido a principios del siglo XX, pero es hasta 1922 cuando se rompe con los modelos históricos en la arquitectura religiosa, para tratar de incorporarla a la corriente contemporánea con la construcción de *Notre Dame* de Raincy, del arquitecto francés Auguste Peret. Aquí se realiza una obra con los medios materiales y técnicos disponibles en ese momento, logrando un recinto útil, sencillo y de indudable riqueza espiritual; sin embargo, la planta de la iglesia sigue siendo la tradicional, será años adelante cuando cambien las plantas para adaptarse a las nuevas tendencias de participación de la comunidad, sobre todo a partir de la renovación litúrgica del Concilio Vaticano II, efectiva desde 1964.² Aquí es importante anotar que dentro de las nuevas realizaciones hay una marcada tendencia hacia la sencillez y la modestia, proveniente tanto de los postulados del movimiento moderno en arquitectura que proclamaban a la decoración como un crimen,³ como asimismo de las tendencias del clero que tienden a abandonar la ostentación, en un acercamiento al pueblo. De esta manera los acabados y las imágenes se identificarán con este espíritu ascético, utilizando las formas y los colores del arte contemporáneo y en su caso llamando a artistas plásticos situados dentro de la misma corriente.⁴

Respecto a la arquitectura religiosa mexicana, haremos a continuación un análisis de las principales realizaciones que se han hecho. Esta revisión no será exhaustiva, tanto por falta de espacio como por considerar que no todas las construcciones modernas tienen realmente características espirituales y cualidades arquitectónicas; nuestra relación se basará más bien en aquellas obras que sobresalen tanto por su factura como por su indudable sello religioso.

² *Constitution on the Sacred Liturgy, Second Vatican Council*, The Liturgical Press, Collegeville, Minn., 1963. La promulgación de esta ley tuvo lugar el 4 de diciembre de 1963 y fue efectiva el primer Domingo de Cuaresma, 16 de febrero de 1964. En esta constitución se definen muchos de los puntos en lo que se refiere al arte religioso, bajo la luz de una nueva liturgia en la que se promueve la activa participación de los fieles: uno de los ejemplos más claros es el colocar al oficiante de frente a los fieles, con el consiguiente movimiento del altar.

³ Kenneth Frampton, *Modern Architecture a critical history*, Oxford University Press, New York, 1980, p. 90. En 1908 Adolf Loos, uno de los iniciadores del movimiento moderno de la arquitectura publicó su ensayo "Ornamento y crimen", el cual tuvo una gran repercusión entre los arquitectos de esa época.

⁴ Los ejemplos más conocidos son franceses con la participación de Georges Rouault y Henry Matisse en la iglesia de Assy, 1945, y de Fernand Léger en la iglesia del Sagrado Corazón en Audincourt, o la capilla de *Saint Paul* de Vence, 1951, realizada en su totalidad por Henry Matisse.

Hay un primer intento que corresponde a Antonio Muñoz García, quien en 1942 inicia la que sería la iglesia de Cristo Rey, en la Calzada de Tlalpan; se trata de una construcción de concreto, material que él manejaba con gran conocimiento, y que para 1952 se muestra como una novedosa realización en estilo Art Deco, inspirada en la obra de Auguste Peret. Su silueta es interesante, pero la exigüidad del terreno, y visiblemente del presupuesto, propiciaron ciertas deficiencias en el resultado final.

La primera obra que rompe con los moldes de la arquitectura religiosa tradicional, que no se había modificado sustancialmente en cuatrocientos años, fue el templo parroquial de la Purísima Concepción, en Monterrey, Nuevo León, construido hacia 1946. Aquí encontramos que por primera vez se suprime la dualidad muro-techo, pues la bóveda parabólica arranca sin interrupción desde el piso, así como la portada no es sólida, sino que sus elementos compositivos son translúcidos; de igual manera la separación virtual del campanario, aporta otro de los elementos de originalidad que le distinguen.⁵ Su planta tiene la forma de la tradicional cruz latina; está cubierta por una bóveda corrida; su riqueza ambiental reside en el tratamiento de la luz interior que ilumina matizadamente una estructura desprovista de toda decoración. Es un claro ejemplo de cómo una estructura de simples formas geométricas puede llegar a cumplir con los requerimientos de un templo y auspiciar su finalidad espiritual.

Con estos conceptos de simplicidad funcional, presentes tanto en la planta como en la estructura, encontramos una serie de iglesias que sobresalen por el aporte que en ellas hizo su diseñador. La primera es la parroquia de Cristo Rey, sita en la colonia Anzures, fue construida por Mario Pani en 1947, es notoria por su única nave de gran altura. Nuestra Señora de la Paz, es obra de 1949, debida a Ricardo de Robina, quien adoptó una planta de conformación circular, y una construcción de ladrillo aparente. En 1952 José Villagrán García inició los trabajos de la iglesia de la Santa Cruz del Pedregal, la que concluirá con gran acierto Antonio Attolini hasta 1968; aquí nuevamente los muros forman la cubierta de la iglesia. Israel Katzman construye en 1954 la iglesia para hanssenianos en Zoquipan, Estado de México, obra que se caracteriza por la sencillez estructural de la serie de cinco bóvedas de cañón que se funden en una sola a la altura del altar. Finalmente citamos la iglesia de San Ignacio de Loyola, en Polanco, que en 1959 realiza Juan Sordo

⁵ Alberto González Pozo, "Enrique de la Mora, vida y obra", *Cuadernos de Arquitectura y Conservación del Patrimonio Artístico*, no. 14, SEP-INBA, México, 1963, p. 10.

Madaleno, su elevación es de perfil triangular, con planta de cruz latina, es el compendio de sus capillas anteriores: la del Sanatorio Español, 1955, y la del rancho de La Herradura, en el Estado de México, 1957.

Entre este tipo de obras novedosas sobresale la realizada en 1953 por el arquitecto y notable calculista Félix Candela, se trata de la iglesia de la Virgen de la Medalla Milagrosa. Este templo realizado para los padres de San Vicente de Paul presenta como principal aportación una cubierta integral de paraboloides hiperbólicos sobre una sencilla planta rectangular; en este edificio el diseñador puso en práctica sus valiosos y novedosos conocimientos dentro del campo de los cascarones de concreto, llevando este material a sus límites y logrando en este caso un colado de tan sólo cuatro centímetros de espesor.⁶ Los soportes o columnas se amalgaman abriéndose para formar las bóvedas, que se diluyen entre sí, y que por su elevación y su tendencia triangular tiene reminiscencias del misticismo gótico. El exterior presenta, tal vez, un aspecto un poco abigarrado, pero la increíble fluidez del sistema estructural dota a esta iglesia de un espacio interior propicio a la espiritualidad.

Es en este momento en que se ve claramente cómo el concreto es el material actual, cuyos potenciales estructurales llevarán a la creación de una nueva arquitectura; así, una vez superado el problema de una nueva expresión formal, los arquitectos se avocarán al diseño de edificios que responden específicamente a las nuevas tendencias religiosas, que culminarán en el Concilio Vaticano II, proponiendo una enorme variedad de espacios interiores y plantas, en un intento por hacer más activa la participación de los fieles en la liturgia.

Es nuevamente el arquitecto Enrique de la Mora quien abre esta modalidad en la capilla de Nuestra Señora de la Soledad, en el Seminario de San José del Altílo, 1956, en la ciudad de México y para la orden de misioneros del Espíritu Santo.⁷ En esta ocasión el consultor para la estructura fue Félix Candela, que con sus soluciones produce formas insospechadas, enriqueciendo los espacios que hasta entonces eran eminentemente cúbicos, realizó en esta ocasión una losa de concreto reforzada, una paraboloides hiperbólica simple, sostenida por los muros laterales. Sin embargo no es aquí la estructura lo novedoso, sino la propuesta de De la Mora quien logra una de las interpretaciones más adelantadas de la reno-

⁶ Albert Chist-Janer y Mary MixFoley, *Modern Church Architecture*, McGraw-Hill Book Co. New York, 1962, p. 22 y ss. Este libro que contiene un análisis netamente arquitectónico de las mejores iglesias modernas a nivel mundial, diez y siete en total, considera dentro de ellas tanto a la iglesia de la Virgen de la Medalla Milagrosa, como a la de Nuestra Señora de la Soledad, por lo interesante de sus aportaciones.

⁷ *Ibid.*, p. 70 y ss.



Figura 1. Iglesia de Cristo Rey, iniciada en 1942, en la Colonia Portales, México, D.F. Arquitecto Antonio Muñoz García.

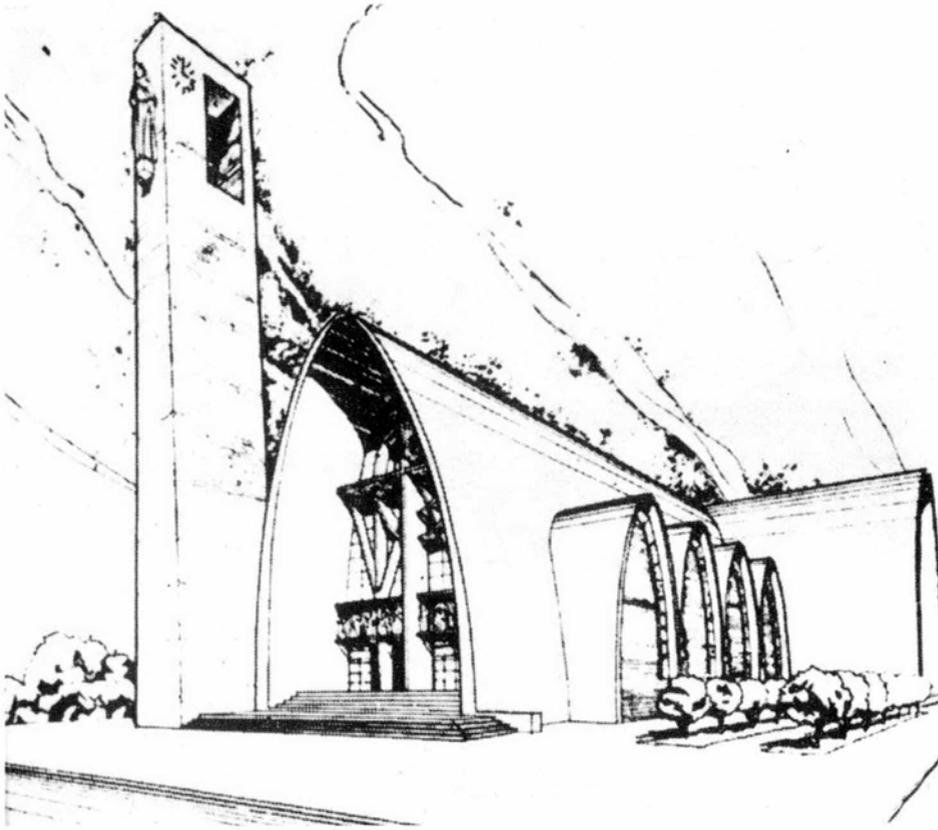


Figura 2. Iglesia de la Purísima Concepción, 1946, Monterrey, Nuevo León. Arquitecto Enrique de la Mora.

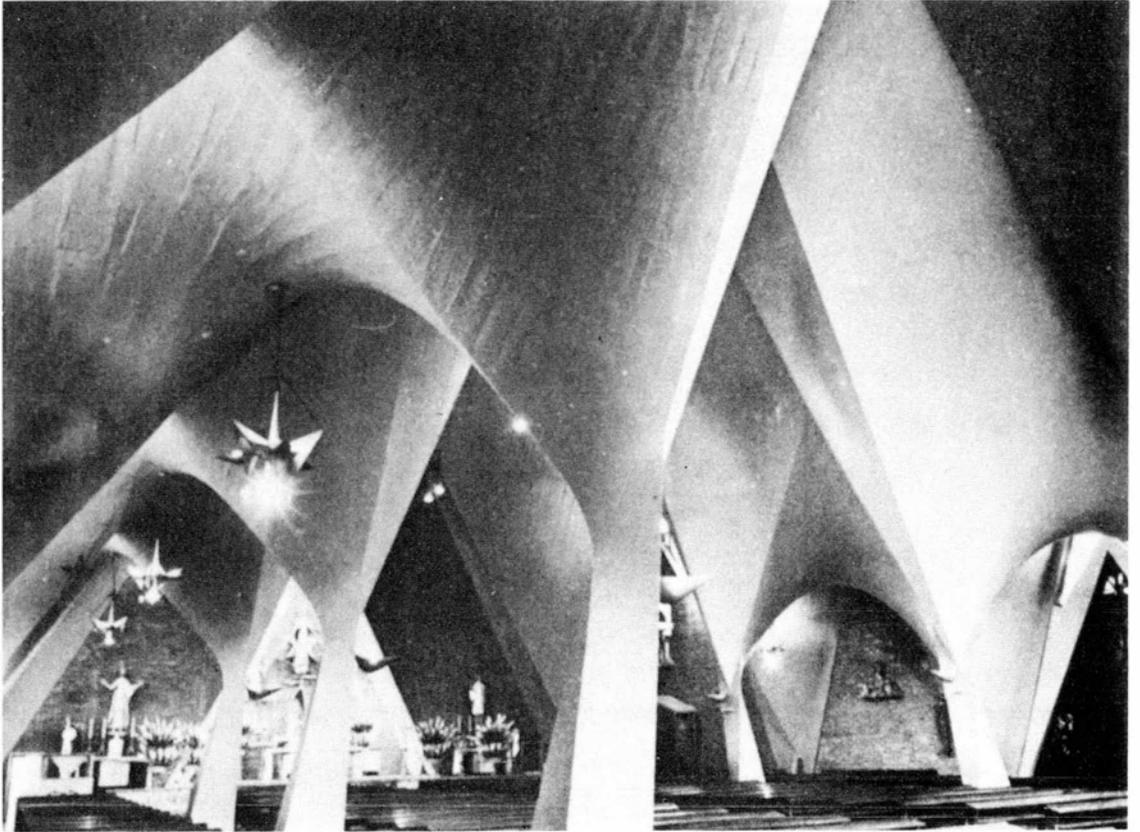


Figura 3. Iglesia de la Virgen Milagrosa, 1953, México, D.F. Arquitecto Félix Candela. Interior.

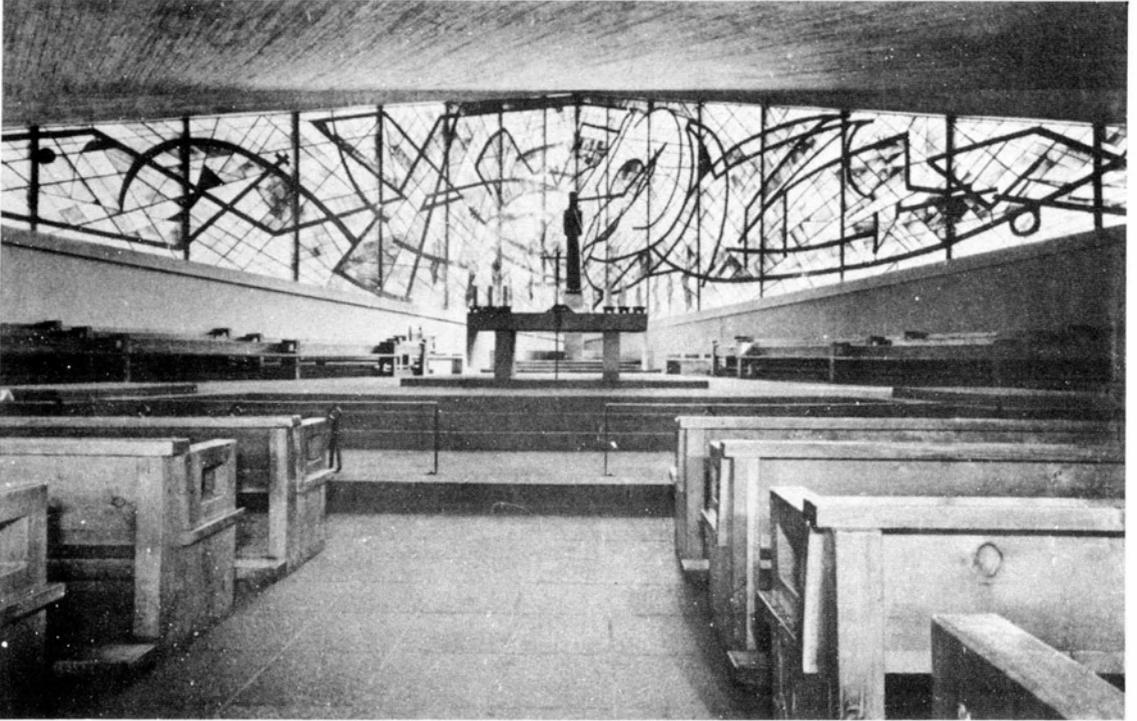


Figura 4. Capilla de Nuestra Señora de la Soledad, 1958, El Altillo, México, D.F. Arquitectos Enrique de la Mora, Fernando López Carmona y Félix Candela. Vista interior.

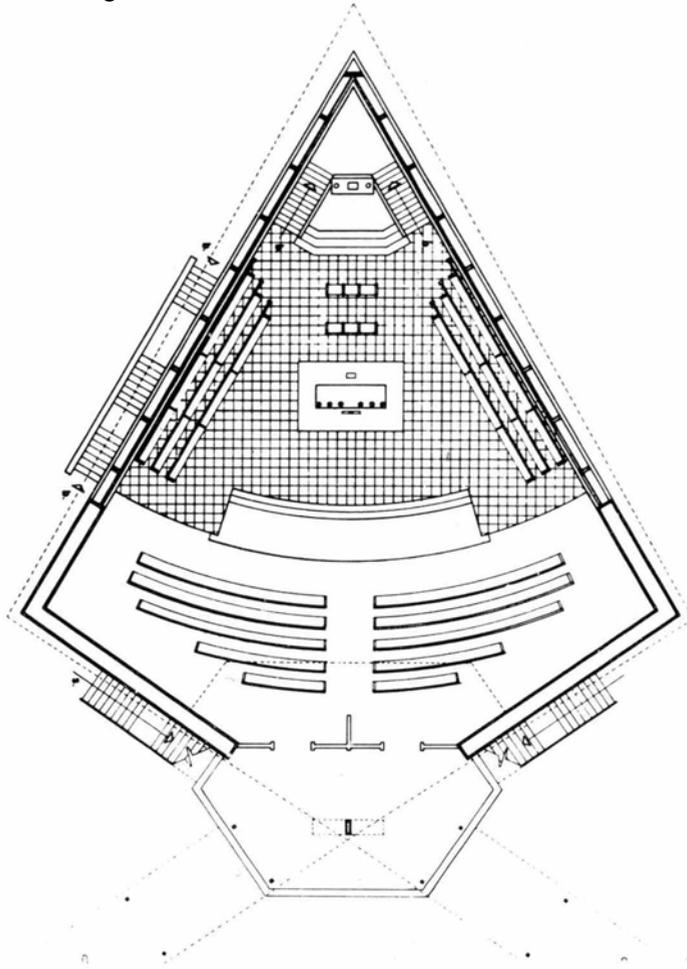


Figura 5. Capilla de Nuestra Señora de la Soledad, 1958, El Altillo, México, D.F. Arquitectos Enrique de la Mora, Fernando López Carmona y Félix Candela. Planta.

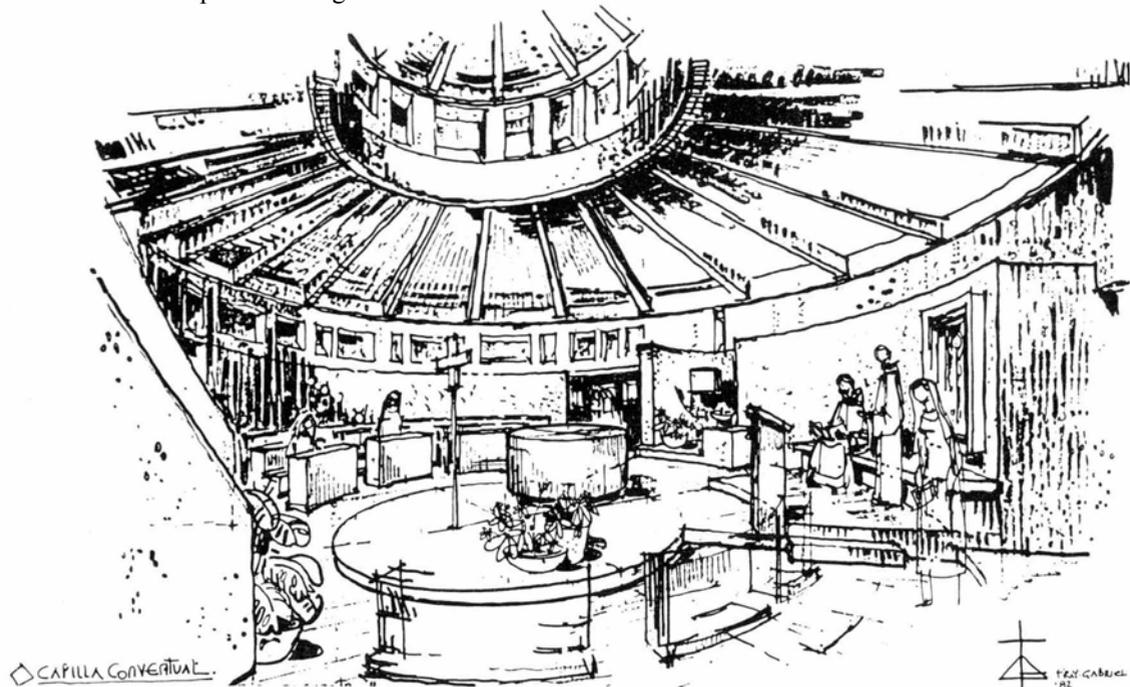


Figura 6. Capilla del Monasterio de SantaMaría de la Resurrección, 1962, Ahuacatlán, Mor., Arquitecto Gabriel Chávez de la Mora. Interior.

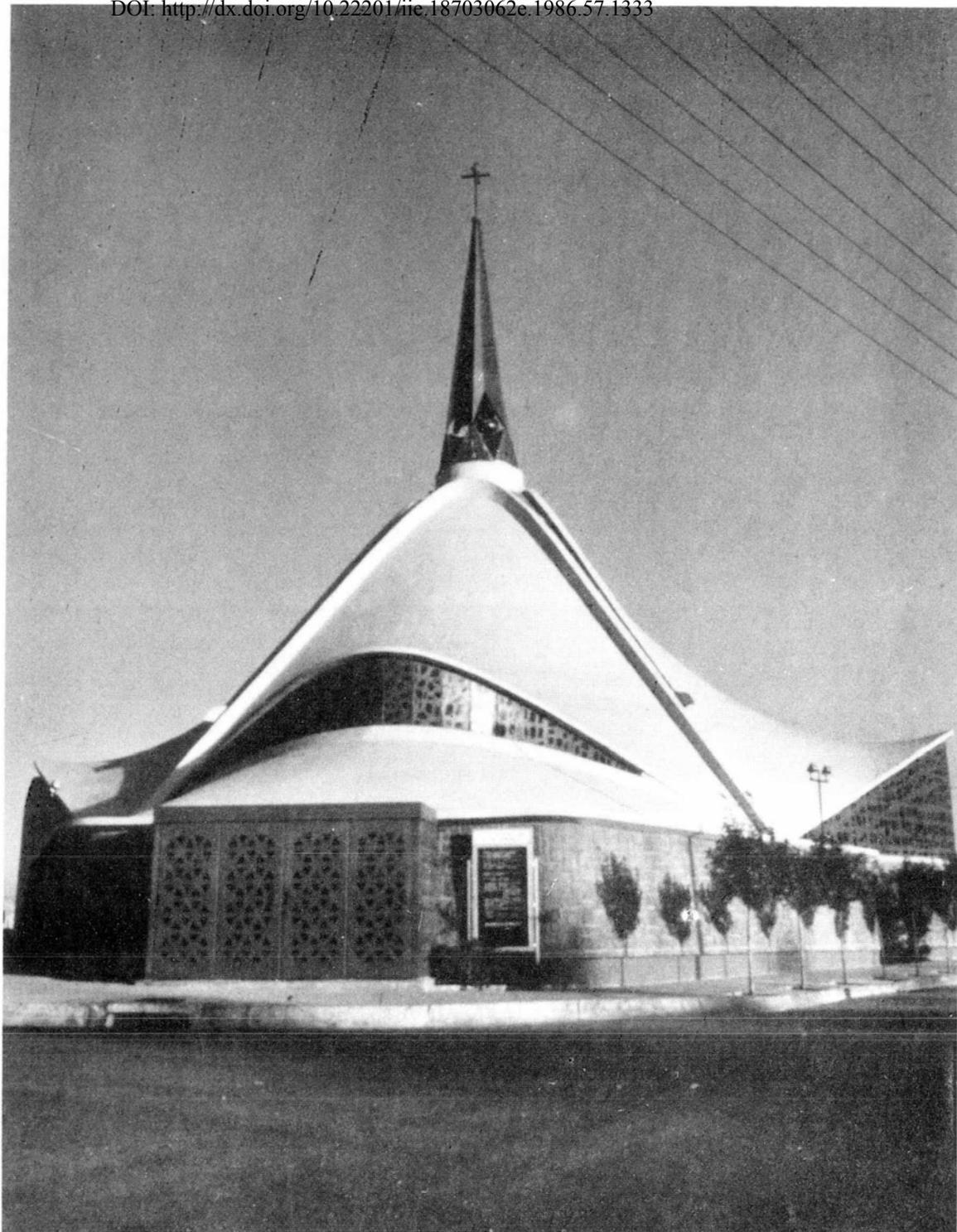


Figura 7. Iglesia de Santa María de los Apóstoles, 1967, Colonia Bosques de Tetlamaya, México, D.F. Arquitectos Alberto González Pozo y Eduardo Ibarquengoitía.



Figura 8. Parroquia universitaria de la Anunciación, 1976, Ciudad Universitaria, México, D.F. Arquitecto Enrique Landa.

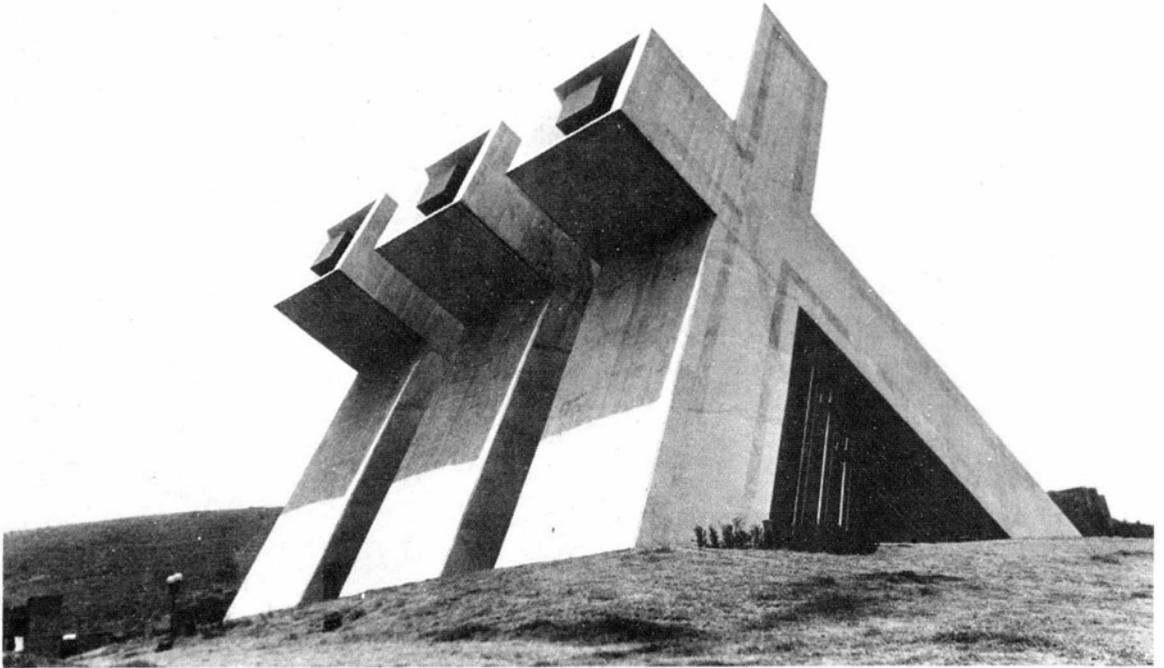


Figura 9. Capilla ecuménica, 1976, Heroico Colegio Militar, zona habitacional, México, D.F. Arquitectos Agustín Hernández y Manuel González Rul.



Figura 10. Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe, 1976, México, D.F. Arquitectos Pedro Ramírez Vázquez, José Luis Benlliure, Gabriel Chávez de la Mora, Alejandro Schoenhofer y Javier García Lascurain.

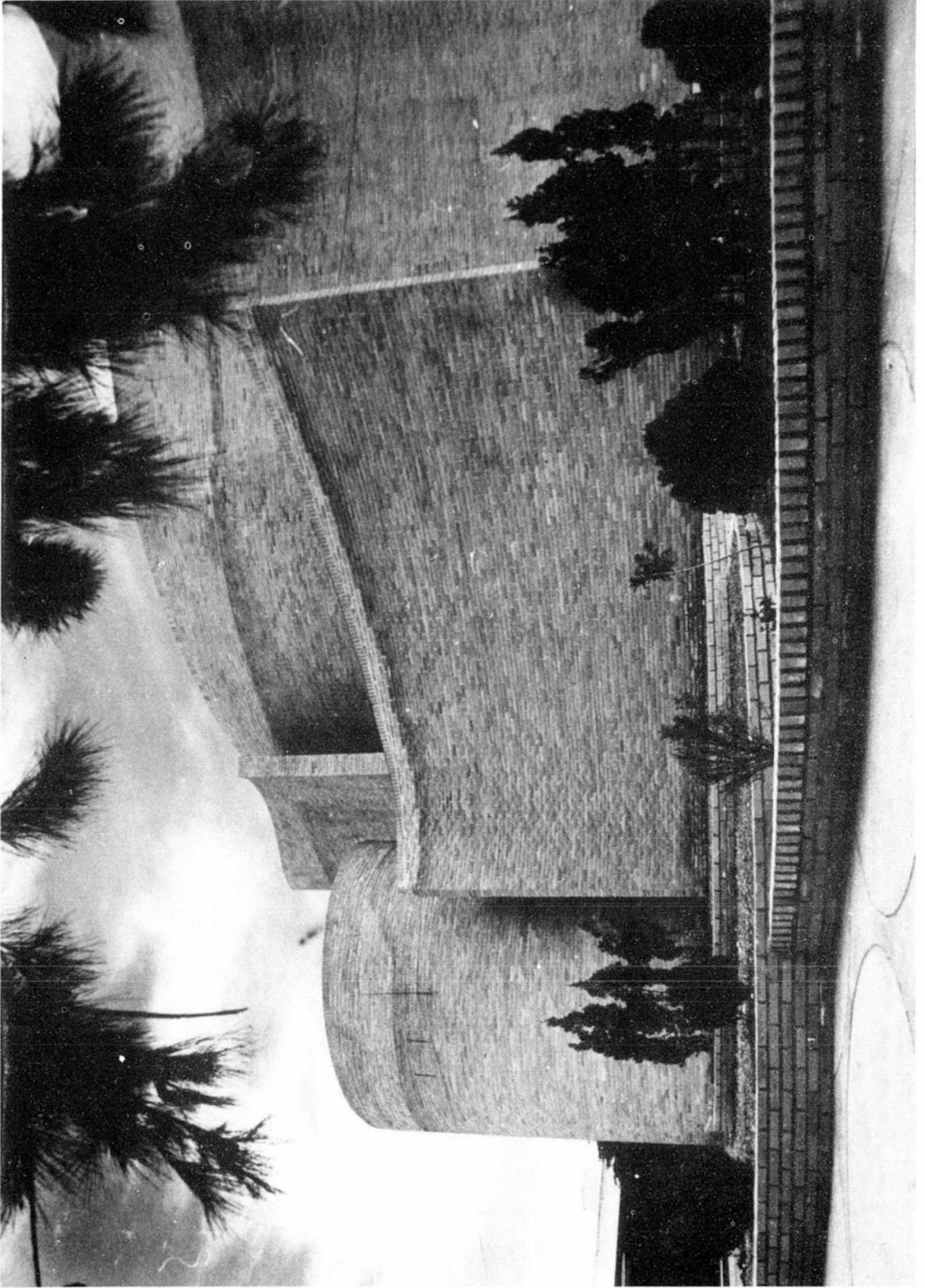


Figura 11. Templo de Cristo Resucitado, 1977, Guadalajara, Jalisco. Arquitecto Leopoldo Fernández Font.

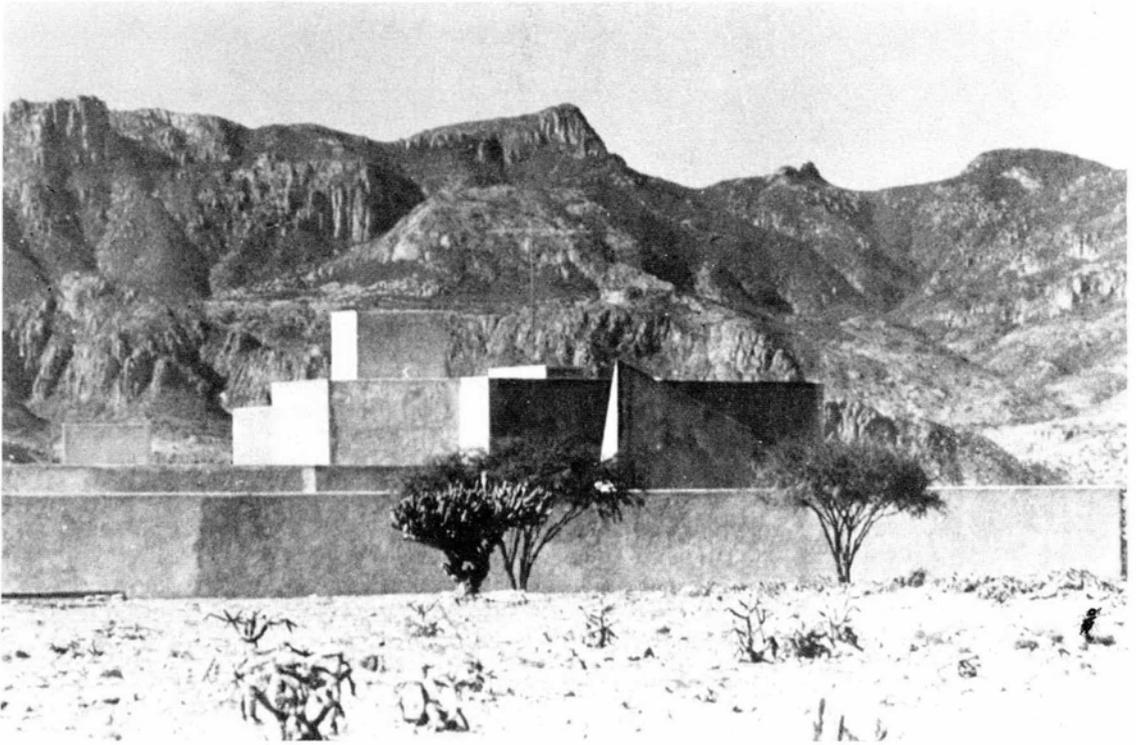


Figura 12. Monasterio de Jesús María, 1978, Villa de los Reyes, S.L.P. Arquitecto Antonio Áttolini.

vación litúrgica; en efecto, debido al uso primordial de la capilla por parte de los seminaristas, en este recinto se logra la participación de los fieles, anticipándose así a lo que ocho años más tarde propondría el Concilio Vaticano II. La solución se basa en una planta romboidal con lo que el altar se coloca casi al centro del espacio con una capacidad de más de trescientos fieles al frente y cien en las bancas laterales; esta disposición permite una óptima integración de los seminaristas en sus oficios, y por lo tanto de los fieles en las misas. Es un espacio compacto, admirablemente adaptado a las nuevas prácticas religiosas, donde el vitral intensifica la atención mística hacia el altar; el coro, en la parte posterior, inunda musicalmente el recinto por la excelente acústica propiciada tanto por la cubierta como por los muros en diagonal.

Otro edificio precursor de la reforma litúrgica es la capilla del monasterio benedictino de Santa María de la Resurrección, en Ahuacatlán, Morelos, construido en 1957 por el arquitecto Gabriel Chávez de la Mora O. B. Una vez más el carácter de comunidad religiosa auspicia esta avanzada solución, donde en un espacio circular se coloca el altar al centro; así, para dar importancia a la mesa eucarística se la sitúa en alto y se le ilumina cenitalmente. La construcción se singulariza por una gran economía de medios, con una interesante composición que aglutina los elementos necesarios dentro de una excepcional pureza evangélica.⁸

A partir de este momento, impulsada por el acelerado crecimiento urbano y reforzada por la Constitución de la Sagrada Liturgia del Concilio Vaticano II, puesta en vigor a partir de 1964, es como prolifera una serie de construcciones de carácter religioso, de las cuales sólo vale la pena de mencionar algunas; aún más, muchos de los templos edificados a partir de esa fecha adolecen de graves defectos tanto arquitectónicos como eclesiásticos, siendo tan sólo puntos de referencia formal desafortunada.

Un capítulo importante en la arquitectura eclesiástica es el que ocupan los templos diseñados por Enrique de la Mora, a los cuales ya nos hemos referido; él, además de ocupar un sitio como pionero, también contribuyó ampliamente en favor del desarrollo de la arquitectura religiosa. De su meritoria labor mencionaremos la iglesia de San Antonio de las Huertas, en la calzada México-Tacuba, iniciada en 1956; la capilla de la Medalla Milagrosa, para la congregación de las hermanas de San Vicente de Paul, en Coyoacán, cuyo perfil fue diseñado a semejanza del llamativo tocado que forma parte del hábito de esta orden, 1960, y la

⁸ *Calli*, no. 9, México, D. F., 1963, Gabriel García del Valle, "La arquitectura religiosa en México y el programa litúrgico", p. 28.

iglesia de San José Obrero, en Monterrey, 1962, todas realizadas con la colaboración de Fernando López Carmona y Félix Candela; asimismo construyó en Guadalajara la iglesia de San Luis Gonzaga y en San Luis Potosí la iglesia de la Santa Cruz, ambas en 1967, con la colaboración de Fernando López Carmona. Para concluir añadimos el santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, que, aunque fue realizado en Madrid en 1969, con cálculos de Félix Candela, representa una obra importante en el extranjero por su definida expresión mexicana, ligada estrechamente a las demás realizaciones de De la Mora; en todas estas obras encontramos como constante tanto la preocupación por un espacio interior que responda óptimamente a las necesidades espirituales y a la participación de los fieles, asimismo por un exterior digno que se exprese con el vocabulario y los materiales contemporáneos.

Otro arquitecto que se ha avocado con éxito a este tipo de edificios es Fray Gabriel Chávez de la Mora, autor no sólo de la capilla de Santa María de la Resurrección, arriba señalada, también lo es del monasterio benedictino en que se localiza; así como del monasterio benedictino del Tepyac, en Lago de Guadalupe, Estado de México, 1969. Dentro del campo específico de recintos para el culto, sobresalen la capilla ecuménica La Paz, en Acapulco, 1970, la capilla del monasterio trapense de La Madre de Dios, en Michoacán, 1983, y una basílica efímera en el atrio de la Villa de Guadalupe, 1970, notoria por su calidad de arquitectura desmontable. En todas las realizaciones de Chávez de la Mora aparece un profundo sentido de funcionalidad de los elementos litúrgicos, así como una enorme sencillez de los procesos y materiales constructivos. Mencionaremos por último la basílica de Nuestra Señora de Guadalupe, 1976, obra de Pedro Ramírez Vázquez y un equipo formado por José Luis Benliure, Alejandro Schoenhofen y Javier García Lascuráin; sin embargo, aunque es una obra de gran envergadura, recinto de una obra de las más importantes devociones mexicanas, es claro que al tratar de cumplir con los ingentes problemas funcionales, se descuidaron tanto el aspecto urbanístico como el formal, resultando así un balance negativo para los autores.

Dentro de la década de los cincuentas, varios arquitectos incursionaron también en el campo de la arquitectura religiosa, ofreciendo diferentes soluciones plásticas. Francisco Artigas realiza para 1959 en Valle de Bravo, una capilla con elementos formales vernáculos, su mayor aportación es la planta de la iglesia en forma de L, con un patio interior integrado. José Villagrán García lleva a cabo la capilla del seminario de Misiones en Tlalpan, con planta rectangular, altar al centro y con acabados en concreto

aparente. La obra más espectacular es la capilla abierta de Cuernavaca, 1959, de Guillermo Rossell y Manuel Larrosa, donde la estructura de Félix Candela presta gran audacia a esta solución adaptada al clima local.

Finalmente, en 1955, Luis Barragán remodela la capilla de las Capuchinas Sacramentarias del Purísimo Corazón de María, en Tlalpan, donde aplica todos sus conocimientos tanto de arquitectura emocional como vernácula, que son características en las obras por él ejecutadas: muros sólidos con textura y color, luz cálida controlada y materiales naturales. Es un ejemplo excelente de esta tendencia, que posteriormente tendrá una gran influencia en el desarrollo de la arquitectura mexicana, y que para este estudio alcanza un magnífico ejemplo, en el monasterio de Jesús María, en San Luis Potosí, 1980, construido por Antonio Attolini dentro de los lineamientos antes definidos.

En años recientes también sobresalen algunas iglesias, de corte moderno, volumetría acusada y espacios evocadores. La Capilla del Seminario Conciliar de México, en Tlalpan, proyectada por Honorato Carrasco y Anamaury Pérez de la Huerta en 1966, ofrece una original techumbre de precolados que cubre una planta concéntrica de forma circular; aquí es importante anotar el efecto que logra la luz cenital sobre el altar. El arquitecto Enrique Landa nos proporciona algunos edificios interesantes como la iglesia del Cristo Resucitado, 1967, y la Parroquia Universitaria de La Anunciación, 1976; edificios que tienen como principales características una planta elipsoidal y una cubierta colgante realizada a base de cables pre y postensados y elementos prefabricados; dos obras que cumplen con su cometido de servir a grupos específicos, pues la primera es una parroquia de lengua francesa, con toda una serie de actividades colaterales, y la segunda aglutina a los universitarios. Alberto González Pozo es otro arquitecto que se ha preocupado en solucionar adecuadamente y con originalidad plástica, las necesidades espirituales de algunos nuevos fraccionamientos de la ciudad; es de mencionar la iglesia de San Antonio, 1964, en División del Norte, de novedosa volumetría exterior, así como la iglesia de Santa María de los Apóstoles, 1967, en Tlalpan. La capilla EcuMénica, 1976, de Agustín Hernández y Manuel González Rul, se encuentra localizada dentro del conjunto del Heroico Colegio Militar, en la zona habitacional, presentando una audaz conformación de cruz inclinada. En Guadalajara encontramos otra obra interesante en el templo de Cristo Resucitado, 1977, de Leopoldo Fernández Font, de atractivo exterior curvilíneo en ladrillo aparente, y un espacio interior reconfortante. Por su parte la parroquia de la Resurrección, que realizara Juan Cortina en 1974,

ofrece un volumen simple, un tetraedro, que alberga adecuadamente los acrílicos que Víctor Vasarely diseñó a manera de vidriera.

Aquí se debe hacer una mención sobre las importantes contribuciones que diversos artistas han realizado dentro de los recintos eclesiásticos, auspiciando y coadyuvando la espiritualidad. Es importante anotar que por su carácter religioso estas obras han tendido hacia la sencillez y la abstracción, adaptándose y enriqueciendo el espacio arquitectónico; la llamada corriente de integración plástica tiene en estos casos magníficos logros, sobre todo en lo que concierne al uso de vitrales que a la vez que decoran, otorgan a la luz tonalidades apropiadas al recogimiento y la oración. Sin embargo, hay que recordar que la austeridad es uno de los imperativos dentro del arte actual y del religioso en particular, por sus implicaciones de pobreza y ascetismo que olvida el fasto para acercarse al feligrés.

Destacaremos algunas de estas colaboraciones, como las imágenes de Herbert Hofmann en las iglesias de la Purísima, de Monterrey, y Nuestra Señora de la Soledad, y las vidrieras de Kitzia Hofmann, allí mismo; los diseños para vitrales de Zita Basich en algunas de las iglesias de Enrique de la Mora, y el de Luis García Guerrero, para la de Israel Katzman; estas obras dotan a estos recintos de una luminosidad que invita a la meditación. En las capillas proyectadas por fray Gabriel Chávez de la Mora, él mismo ha realizado parte de los acabados y decoraciones, así como Antonio Attolini en sus propias realizaciones; en otros casos Mathías Goeritz ha tenido acertadas contribuciones, como el altar y la cruz de la capilla de las Capuchinas, en Tlalpan, o los relieves de San Lorenzo, en Tacuba. Pasando por alto otras aportaciones que subrayan la liturgia y enriquecen los espacios, concluiremos con los acrílicos y el altar diseñados por Víctor Vasarely, los que destacan como el complemento ideal del volumen en que se insertan.

Es indispensable también, el anotar las restauraciones que se han hecho en algunas iglesias coloniales, pues en ellas se ha buscado integrar los espacios a los nuevos ritos, a la vez que se dignifican los recintos. Arquitectos como Ricardo Robina, en las reconstrucciones de San Lorenzo, Santiago Tlatelolco o la catedral de Cuernavaca, han ofrecido una esperanza para estos edificios centenarios y una función litúrgica actualizada. Estos trabajos no forman parte de la corriente de arquitectura contemporánea, pero su mención en esta breve visión de las realizaciones para el culto nos habla de respeto y valoración de nuestro acervo cultural.

Finalmente, al hacer este recuento de las principales obras de la arquitectura religiosa, tendríamos que estar en desacuerdo con aquella tan controvertida afirmación de Francisco de la Maza de que "No hay una

arquitectura religiosa contemporánea”;⁹ pues aunque aceptamos con él que el arte religioso actual no tiene un estilo definido, no obstante y a la luz de las aportaciones que han hecho los arquitectos, no podemos negar el logro de un conjunto de obras que se deben calificar como realizaciones del arte contemporáneo.

⁹ Artículo publicado en *Novedades* el 19 de mayo de 1963, y reproducido en *Calli*, no 10, México, *s. f.*, donde el propio De la Maza explica su posición en el artículo titulado “¿Hay un arte religioso contemporáneo?”, ver p. 50